

# *Fernando Pessoa y las continuidades en Caeiro, Reis y Campos: Una crítica a la modernidad*

SZYSZLICAN, Jesica / Estudiante de Letras – Universidad de Buenos Aires

*jesica.szy@gmail.com*

---

*Eje: Literatura Latinoamericana*

*Tipo de trabajo: ponencia*

---

» *Palabras clave: Fernando Pessoa, heteronimia, modernidad*

## » *Resumen*

En el presente trabajo se propone analizar a Fernando Pessoa desde tres de sus heterónimos más importantes: Alberto Caeiro, Ricardo Reis y Álvaro de Campos. Se intenta abordar continuidades y diferencias en cuanto a estilo, contenido y posiciones éticas y filosóficas. Se plantea la hipótesis de que, a pesar de las divergencias, los tres heterónimos mantienen una fuerte crítica a la racionalidad moderna. Dicha crítica es doble. En primer lugar, cada heterónimo se construye desde un lugar marginal, postulando en sus versos concepciones del mundo que chocan directamente con la civilización moderna. En segundo lugar, estos poetas logran poner en jaque a la modernidad por su simple existencia como heterónimos, la cual constituye una fuga a las estructuras organizativas, ya que cuestiona la personalidad normal, desintegrando al sujeto social. Se sigue la perspectiva de Deleuze y Guattari (2010), considerando a los heterónimos como Cuerpos sin Órganos, individualidades desligadas de las restricciones del organismo y entregadas al devenir universal.

## » *Introducción a los heterónimos pessoanos*

El escritor portugués Fernando Pessoa es uno de los escritores más singulares e importantes del siglo XX. Es el escritor de la pluralidad, aquél que supo “devenir varios”, a través de la operación que él denominó “heteronimia”, mucho más compleja que la “pseudonimia”. Pessoa no sólo inventa nombres detrás del cual ocultarse, sino que construye personajes autónomos, con total singularidad y diferencia respecto del autor: escritores con una biografía propia, estilo literario y posición filosófica únicos, y una obra orgánica. Lo más significativo es que estos heterónimos, si bien son independientes del

autor, se relacionan entre sí, dialogando, citándose mutuamente, discutiendo. Podemos decir, entonces, que el sistema heteronímico es plural e intertextual, y constituye de esta forma una “comunidad heteronímica” o como él lo llamó, un “drama en gente”.

Esto también implica una dimensión meta textual, porque abre un cuestionamiento a la idea de autoría y de la subjetividad. Pessoa considera a la realidad como naturalmente fragmentada, y siendo así, la única forma natural y posible de *ser* se da en la pluralidad, rompiendo con cualquier tipo de dogmatismo. Análogamente, el neopaganismo al que Pessoa adhiere constituye, justamente, una afirmación de la multiplicidad:

El neopagano admite todas las metafísicas como aceptables, (...) no procura saber la verdad, por creer que todas las filosofías son igualmente verdaderas. El neopagano debe convencerse de que, al escribir, realiza su sentimiento de la naturaleza. (...) Determinadas horas de la naturaleza exigen una metafísica distinta de la que exigen otras (Crespo, 1988, 54-55).

Con su sistema heteronímico cuestiona la categoría de sujeto, y con ésta, la de verdad. Podemos decir, siguiendo con las ideas de Deleuze y Guattari (2010), que Pessoa logra producir en la multiplicidad, evadiendo las identidades organizadas e impuestas de lo Uno que nos aprisionan y aprisionan nuestro deseo. La heteronimia es la instancia por la cual Pessoa se niega a sí mismo como autor, presentándose por lo que no es (Finazzi-Agro, 1987, 8). Logra salir de sí mismo, de su propio estilo y perspectiva, para experimentar lo *otro*. A través de su despersonalización, escapa a la represión impuesta por la “mismidad” de los límites del ego normal, explorando todas las potencialidades del ser. De esta forma, la deconstrucción del sujeto en la escritura constituye un camino productivo y abierto que permite la proliferación de múltiples singularidades, es decir, que permite “devenir algo distinto del escritor” (Deleuze, 2006, 21), explotando poéticamente la alteridad.

En este trabajo analizaré a tres heterónimos pessoanos: Alberto Caeiro, Ricardo Reis y Álvaro de Campos. Estos dos últimos tienen la particularidad de haber sido los discípulos de Alberto Caeiro, junto con el mismo Pessoa –que forma parte, también, del sistema heteronímico, por lo que puede considerarse un “falso ortónimo” (Crespo, 1988, 47)–. Esto hace que estos heterónimos se interrelacionen de forma muy particular, puesto que establecerán distintas relaciones con el legado de su maestro Caeiro, a su vez que discutirán los comentarios y producciones de los otros discípulos. El neopaganismo, a la cual los tres adhieren, al igual que el ortónimo Pessoa, constituirá otro factor de debate entre ellos, puesto que cada uno mostrará una comprensión particular de él.

Pessoa construye hechos biográficos muy distintos para cada heterónimo. Y se puede deducir que, frente a vidas tan distintas, los estilos, contenidos y posiciones de cada poeta

serán bien diferentes. Sin embargo, y a pesar de las divergencias, hay importantes continuidades que demuestran que los tres heterónimos se mantienen críticos con respecto a la modernidad. Y desde su desencanto, producen una literatura compleja, creativa y múltiple.

### › *Continuidades y diferencias*

Voy a empezar por Alberto Caeiro, el maestro de los otros heterónimos, y el primero que Pessoa creó, una noche en que éste escribió en éxtasis treinta y seis poemas, a los que luego adjudicó a ese maestro que “había surgido en él” (45), según sus propias palabras.

Puede decirse que Caeiro es un poeta pre-socrático, en cuanto a que mantiene una filosofía que excluye la dicotomía sujeto/objeto. Hay en sus versos una disposición por formar parte del entorno, integrado en condiciones de igualdad, y no de dominio. Esta integración se daría, justamente, a través del *sentir*, o del *no-pensar*, en una “comunidad con los ojos y por los oídos” (Pessoa, 2012, 66). Pero una vez que se *piensa*, surge el momento de autoconsciencia, en que uno se percibe a sí mismo como sujeto. Así, pensar se vuelve una instancia de separación del mundo, apartando al sujeto del objeto de la naturaleza. Caeiro, entonces, propone una “poesía-cosa entre las cosas”, una contemplación sin mediación, en relación directa con el objeto. A su vez, mostrará una naturaleza idealizada; por eso puede decirse que Caeiro se construye como un poeta bucólico.

Desde este lugar, hará una crítica al hombre moderno, acusándolo de enfermo, por no saber “mirar” las cosas existentes que tiene frente a él, y de mentiroso, por buscar en lo existente siempre un sentido último, cuando no lo tiene. Se mostrará, así, en contra del misterio y la metafísica, de la retórica, y de lo urbano: “¡Qué sé yo qué es el misterio! / El único misterio es que haya quien piense en el misterio” (64); “El único sentido íntimo de las cosas / es que no tienen sentido íntimo alguno” (65).

De este modo, Caeiro critica al ser humano por no poder aceptar que existe una zona natural de incompreensión. En este sentido, la filosofía y la ciencia constituirían falsos intentos por llenar esa zona vacía. Incluso Dios constituiría una mentira, puesto que está más allá de lo perceptible: “No creo en Dios porque nunca lo vi. / Si él quisiera que creyese en él, / sin duda vendría a hablar conmigo” (65).

Hay en estos versos un ataque a la racionalidad moderna, a la búsqueda de una lógica unificadora que borra la multiplicidad de cada cosa singular. Caeiro critica todo tipo de concepto clasificador, en un vaciamiento de las nominaciones homogeneizadoras abstractas

para llegar a “las cosas que simplemente existen” (71) y que son únicas en cada instante. De esta forma, llega incluso a rechazar los conceptos de belleza y de naturaleza como mentiras que lo alejan de los objetos, puesto que, citando sus palabras, cualquier “conjunto real y verdadero / es una enfermedad de nuestras ideas” (81). Siente pena por la sociedad normalizadora obsesionada por encontrar el orden, las relaciones y la nominación de las cosas (78). Caeiro se libera de todo, hasta de las categorías de espacio y tiempo. Por todo esto, su paganismo prescindirá de dioses.

En conclusión, lo que Caeiro hace es desplazar la centralidad del ser humano, restándole importancia, rechazando toda relación de dominio entre el sujeto y las cosas, igualando al universo en su multiplicidad. La acción humana no afectaría de ninguna forma al mundo. En sus palabras: “Nada sacamos y nada ponemos; pasamos y olvidamos” (77). Tampoco considera el *sentir* como una acción específicamente humana, sino como el hecho de ser afectado por la Naturaleza.

Es este “desaprendizaje”, esta liberación de los prejuicios, de las doctrinas y de las leyes lógicas, lo que hace de Caeiro el maestro de los otros heterónimos. Este estado despojado constituye el punto de partida desde el cual ellos harán sus diferentes configuraciones del mundo. Aquella forma única de contemplar de Caeiro será la condición necesaria para que surjan miradas y pensamientos nuevos en sus discípulos.

Veamos, entonces, a Ricardo Reis, el heterónimo que más se acerca a la visión naturista de su maestro. Este poeta puede definirse como un actualizador de la tradición latina, ya que recrea las viejas formas romanas del género. En este sentido, y a diferencia de Caeiro, él entenderá que los dioses sí son necesarios, en cuanto abstracciones, para que los hombres puedan tener disciplina. Pessoa define la ética de Reis como “medio epicúrea y medio estoica, pero una ética muy definida, que da a su poesía una elevación que el propio Caeiro no logra alcanzar” (Crespo, 1988, 63). Entre estas dos creencias se debate Reis: del epicureísmo mantiene una moderación de los placeres y la fuga al dolor para llegar a la felicidad, entendida como la imperturbabilidad; del estoicismo, el conformismo, la aceptación de las leyes del destino, que lo llevan a una abdicación de luchar y a la apatía, y la indiferencia a las pasiones y al dolor en un esfuerzo por mantener la autodisciplina. Esta combinación de ambas doctrinas lo vuelven un “epicureísta triste”, puesto que, si bien defiende el placer de vivir el instante –el famoso “carpe diem” de Horacio– termina renunciando a toda aspiración de felicidad, considerándola imposible frente a la fugacidad de las cosas y la fatalidad de la muerte.

Así, frente a la existencia apacible del *sentir* de Caeiro, en Reis se impone la melancolía, la impotencia derivada del *pensar* que se enfrenta a la dimensión trágica de ese

destino implacable que es la muerte, recordándonos a cada momento que el hecho de ser conscientes es una garantía de infelicidad. Y de esta infelicidad radical, Reis hará una aceptación resignada y desprendida. Para él sólo queda asumir la condición de hombre pensante, siempre bajo el dominio de los dioses paganos, y prepararnos para la muerte. La condición fugaz del hombre borra cualquier posibilidad de alteración del mundo. Como Caeiro, Reis desplaza la centralidad del ser humano, que no deja huella alguna en el tiempo, ni siquiera con la ciencia, que él considera "una copia fallida de la certeza que tienen los dioses" (101-102). Así, la racionalidad moderna no constituye sustento alguno para superar la muerte o el destino impuesto por los dioses.

Esta pasividad al margen de la vida, casi fuera de ella, hará que a Reis lo acusen de poeta decadente. Antonio Mora, otro heterónimo pessoano, lo criticará por eso: "Quiero que seamos indiferentes a una época que nada puede querer de nosotros, y sobre la cual en ninguna medida podemos actuar. Pero no quiero que se cante esa indiferencia como algo bueno, de por sí" (Crespo, 1988, 64). Reis elige aceptar la impotencia y quedarse en el desdén frente a una civilización moderna en la que una nueva paganización resulta imposible. Tampoco hay que olvidar el hecho de que su fuerte creencia en la monarquía lo había instado a emigrar al Brasil, según los hechos biográficos que describe Pessoa. La modernidad, republicana y cristiana, con delirios de grandeza pero impotente a la muerte, lo hará sentirse un desterrado de su tiempo, un sujeto virtual con una propuesta intemporal: "Desterrado de la antiquísima patria de mi / creencia, con el solo consuelo de pensar en los dioses / me caliente, trémulo, / a otro sol que éste" (Pessoa, 2012, 98). Desde este intersticio entre el *estar* y el *no-estar*, Reis negará cualquier pasión o afecto, mostrando una fuerte disciplina en el control de los impulsos y los placeres, para garantizar aquella ataraxia cercana a la muerte. Y esta disciplina se reflejará en su lenguaje, de un purismo tal que hará a Pessoa confesar que Reis es su poeta de mayor madurez literaria (Crespo, 1988, 62).

Álvaro de Campos, el último heterónimo por analizar, es, justamente, la antítesis de Ricardo Reis, puesto que es "desbordado y carente de toda disciplina" (48-49), y en sus poemas abundan los prosaísmos. Su adhesión al paganismo es sólo una forma de rebelarse (70). Pessoa lo define como "lo más históricamente histórico de mí" (Pessoa, 1985, 43). Y justamente, este poeta es considerado el de más semejanzas con su creador. Como él, se muestra fragmentado y multifacético, de una conducta algo bipolar, con momentos de gran euforia creativa seguidos por otros de profunda amargura e impotencia. Ángel Crespo considera que "Campos, lejos de crear heterónimos, asume en su propia personalidad una serie de ellas" (1988, 44). Así, representa la desmesura, el ansia de ser y sentir todo de todas las maneras posibles.

Vemos entonces, en Álvaro de Campos, al heterónimo con menos coherencia, de un estilo insolente y desmesurado que se expresa de forma convulsa, a sacudidas. Puede considerarse el poeta más vanguardista de los tres, de una personalidad transgresiva, delirante, que se integra en todo, y nada respeta. Su fuerte inconformismo se manifiesta siempre, o violentamente o en forma de un tedio angustioso. Ese inconformismo es el producto de la distancia entre el pensamiento y la realidad que divide al sujeto: “Hoy estoy dividido entre la lealtad que debo / a la Tabacquería del otro lado de la calle, como cosa real por fuera, / y a la sensación de que todo es sueño, como cosa real por dentro” (149). Así, Campos se multiplica en su pensamiento, tiene sueños y delirios de grandeza, pero la realidad cae repentinamente aplastándolo todo. Entonces, el heterónimo escribe; como su creador, se vuelve plural en la poesía: “Pero de la amargura de lo que no seré nunca queda al menos / la caligrafía rápida de estos versos” (152).

Creo que, sin lugar a dudas, Álvaro de Campos es el heterónimo más crítico de la modernidad. Si bien *Oda Triunfal* es considerada por algunos como un poema de alabanza a la civilización moderna, en una analogía con el movimiento futurista, yo coincido con Ángel Crespo en que constituye

una requisitoria, una invectiva, contra la sociedad de consumo que empezaba a delinearse en su tiempo y cuyos inicios aparecen suficientemente descritos en sus versos. Y es que, si Alberto Caeiro actuó por vía de catarsis, Campos lo hace a través de la ironía (1988, 77).

Así, veo en cada verso una provocación a la moralidad moderna. Lo erótico se suma a su contemplación sobre las cosas. El ansia por integrarse a esa multiplicidad maquina se ve combinado por el deseo de autodestrucción sadomasoquista: “¡Arrojadme a los altos hornos! / ¡Ponedme bajo los trenes! / ¡Apaleadme a bordo de los barcos! / ¡Masoquismo a través de la maquinaria!” (135). El ritmo desenfrenado de la “rabia mecánica constante” (137) no deja ningún respiro, ningún espacio para la reflexión. Todas las cosas del “fragor contemporáneo” (138) parecieran atacar al sujeto, meterlo en un torbellino vertiginoso en el que él también se cosifica. Lo que parecería un intento de fe en la civilización no es más que una ironía que muestra la imposibilidad de creer en una sociedad alienada de pederastas, violencia y frivolidad.

En *Apostilla* Campos se burla de los imperativos modernos de aprovechar el tiempo y tener siempre un propósito para cada movimiento. En un giro de ironía, los lleva hasta el límite, preguntándose si aprovechó el tiempo mirando a una pasajera en el tren, y esos cinco minutos en los que estuvo escribiendo: “no sé si los he aprovechado ¡¿qué sabré de otros minutos?! (...) Ah dejadme no aprovechar nada” (159).

Campos rechaza la racionalidad moderna y su falso humanitarismo. Se niega a entrar en cualquier tipo de clasificación social: “¿Me querías casado, fútil, cotidiano, tributable? / ¿Me querías lo contrario de eso, lo contrario de algo?” (141). Marginal incluso en la marginalidad, Campos representa el colmo de lo anti moderno.

### › *Conclusión*

Alberto Caeiro, Ricardo Reis y Álvaro de Campos implican una doble crítica a la modernidad. En principio, desde sus versos postulan concepciones del mundo que chocan directamente con la racionalidad civilizada moderna. Caeiro busca deshacerse de todo tipo de abstracción del pensamiento para fundirse sin mediación con los objetos. Reis se siente perteneciente a otro tiempo, y elige la pasividad frente a la vida pues el hombre es impotente a la muerte destinada por los dioses. Campos utiliza la ironía para burlarse de los imperativos de la razón, mostrando las oscuras contradicciones de la sociedad moderna. Cada uno se construye desde un lugar marginal. Caeiro, infantil y sin educación, viviendo en el campo, espacio marginal de la modernidad por excelencia. Reis, monárquico y exiliado de su patria y de su tiempo. Campos, como el loco “con todo el derecho a estarlo” (140).

Pero además estos poetas también logran poner en jaque a la modernidad por su simple existencia como heterónimos. En una sociedad normalizadora, la comunidad heteronímica es la instauración de la diferencia, puesto que logra poner en crisis a la personalidad subjetiva normal. Implica una despersonalización que desintegra al sujeto social, rompiendo con los límites del “yo” marcado y cosificado por las instituciones. Como una “máquina de experimentarlo todo”, la heteronimia es una aspiración a la totalidad, a alcanzar todos los problemas del siglo, y todas las posibilidades de *ser*. Siguiendo con la perspectiva de Deleuze y Guattari (2010), podemos considerar a los heterónimos como *Cuerpos sin Órganos*, individualidades desligadas de las restricciones del organismo y entregadas al devenir universal. No hay lugar para la comunidad heteronímica en la sociedad moderna. Su existencia se da como una fuga a las estructuras organizativas, una ficción que hace tambalear la relación con la realidad. Es allí donde reside su crítica: el heterónimo no tiene cuerpo ni límites de sujeto; se crea desde un *plano de inmanencia* donde todo es posible.

### › *Referencias bibliográficas*

Badiou, A. (2005). Crueldades. En *El siglo* (pp. 145-166). Buenos Aires: Manantial.

Crespo, Á. (1988). Introducción. En Pessoa, F., *Antología Poética: El poeta es un fingidor*.

Barcelona: Seix Barral

Deleuze, G. (2006). *La literatura y la vida*. Córdoba: Alción editora.

Deleuze, G. & Guattari, F. (2010). *El Anti Edipo: capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires: Paidós.

Finazzi-Agro, E. (1987). *O Álbi Infinito. O conceito e a prática na poesia de Fernando Pessoa*. Lisboa: Imprensa Nacional (traducción al castellano: Laura Cabezas).

Pessoa, F. (1985). Carta de F. Pessoa a Adolfo Casais Monteiro. En Extremera Tapia, N., Nogueras Valdivieso, E., Trias & Folch, L., *Sobre literatura y arte*. Madrid: Alianza.

Pessoa, F. (2012). *Poemas*. Buenos Aires: Losada. Traducción, selección y notas de Marcelo Cohen.